

hacer dos disparos más para que acabase de morir. La muerte del General D. Miguel Miramón fué instantánea.»

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Cuando el filósofo, instruido en la Historia de México, lee la vida militar de Méndez y la vida militar de Mejía, se ve obligado á cerrar el libro para engolfarse en provechosas meditaciones. Mejía y Méndez defendieron una mala causa. Esto no es parcialidad: es la opinión de la inmensa mayoría de los mexicanos ilustrados, y no solamente de los mexicanos, sino también de todos los hombres civilizados é imparciales franceses é ingleses y de las demás naciones. Y sin embargo, la vida militar del General otomí y la vida militar del General tarasco, despiden ráfagas de luz del siglo XIX. Este siglo, en su marcha majestuosa de progreso de 1821 á 1867, no había avanzado en vano para Mejía y Méndez. Las luces despedidas por la Constitución política de 1824 y por multitud de papeles públicos y propagadas hasta en la raza india, no habían sido inútiles para Mejía y Méndez. Estos no eran unos indios encorvados y embrutecidos como los de la época colonial, como aquella manada de carneros trasquilados y mudos durante tres siglos bajo la dominación española. Mejía y Méndez tenían principios políticos, tenían libertad é independencia para pensarlos y expresarlos y tenían gran valor para sostenerlos; tenían nobleza de sentimientos y conocían el valor de la sonrisa ante la muerte y la gloria del cadalso; y desde que *Xicotencatl* había perecido en una horca en Texcoco y *Cuauhtemocztzin* había terminado sus amargos días colgado de una ceiba en Izancanac, durante más de tres siglos no se habían presentado en el campo de la nación mexicana unos guerreros indios como Mejía y Méndez. Ellos erraron en la aplicación de los principios políticos, y lo que necesitaban era orientación en los principios, educación política. La raza india tiene talento, tiene valor, tiene patriotismo; lo que necesita es educación política.

No omitiré otra circunstancia notable de los últimos momentos de Mejía, máxime cuando es muy conforme á mis modos de pensar y de sentir. Maximiliano, Miramón y Méndez, gritaron: «¡Viva México!», Mejía no dijo nada. Su muerte estuvo revestida de más gravedad y dignidad. Maximiliano tuvo mucho cuidado de su hermoso rostro, encargando que no se le tirara á él, y de su linda barba, echándola hacia los hombros. Todo filósofo verá en estos nimios cuidados del cuerpo una puerilidad. Con pena digo estas cosas,

nativo, sino el idioma castellano," Maximiliano se habría reído, teniendo todas estas cosas como las extravagancias de un sueño.

El Sr. Melesio Calvillo y Hoyos, nativo de Lagos, que vive hoy en Encarnación Díaz, era en 1867 un joven oficial practicante de medicina que militó en el sitio de Querétaro, y en un periódico que redactaba hace algunos años en la misma ciudad de Encarnación Díaz, dijo que él había sido el oficial que, caído Maximiliano en el Cerro de las Campanas, había señalado el lugar del corazón para que el soldado diera el golpe de gracia."

Hasta católicos muy piadosos aprueban el fusilamiento de Maximiliano. Tal es el Sr. J. Silverio de Anda, vecino de San Juan de los Lagos, quien en su periódico *El Eco Social*, número del 12 de Septiembre de 1897, ha dicho: "Sepan nuestros primos que hace treinta años que en México no hay nacionales ni extranjeros para la responsabilidad penal, sino hombres culpables é inocentes. Aquí el que la hace ese la paga." Treinta años, cuenta exacta, de 1867 á 1897.

pues quisiera hacer el panegírico de Maximiliano, á lo menos en el cadalso, por compasión á un príncipe infortunado y por respeto á la religión de la muerte; mas la filosofía de la historia es inflexible. ¿Qué ganaba Maximiliano con aquellos cuidados, si aunque las balas no tocaran su semblante y á pesar del embalsamamiento, su semblante quedaría horroroso por haberlo tocado la muerte? Ni en la muerte de Vergniaux, ni en la de María Antonieta, ni en la de Hidalgo, ni en la de Morelos, ni en la de Rafael Riego, ni en la de ningún hombre ni mujer grande se han observado esos excesivos cuidados del miserable cuerpo. Ellos han ido al cadalso despeinados, cubiertos de polvo, con el vestido roto y con el pobre cuerpo maltratado; pero la parte superior del ser racional, el espíritu, ha aparecido radiante de luz y arrastrando en pos de sí el deseo de la imitación de sus virtudes y la admiración de la posteridad. El fondo del carácter de Maximiliano fue la puerilidad: toda su vida fué pueril, y como según es la vida es la muerte, lo fué hasta en el cadalso. Ruego á mis lectores que tengan la paciencia de leer este trozo de mi «Compendio de la Historia Romana.» Describiendo la famosa batalla de Farsalia, he dicho: «César dijo á sus galos de la legión de Alondra: *Herid en la cara*. No puedo decir unas palabras que disminuyeran más la fuerza moral de aquellos jóvenes, que lavaban, perfumaban, coloreaban y cuidaban su bello rostro, y temieron, no tanto morir, como recibir en él una fealdad y marca indeleble. Cuando Pompeyo vió que huían con todo su ejército desordenado, se fué á su tienda y se sentó como un estúpido.»

He dicho que Maximiliano murió con valor, porque recibió la muerte con sangre fría, y no tiene duda que Miramón era un valiente; mas en el uno y en el otro fué una debilidad el cuidado y encargo de que se les tirara precisamente al corazón, porque manifestaban no tener fuerzas para sufrir el tormento de la muerte ¡un minuto más! Mejía no encargó que no se le tirara á la cara ni que se le tirara al corazón, y con su elocuente silencio quiso decir á los soldados: «Tiren donde quieran.» La prolongación del tormento de la muerte un minuto más no le importaba nada. Maximiliano, Miramón, Méndez, Vidaurri y O'Horán, dieron una satisfacción á los republicanos, diciendo que no eran traidores: palabras enteramente inútiles, pues á pesar de aquellas arengas, los republicanos siempre los habían de tener como traidores. Mejía fué tan avaro de sus palabras como el rico de su oro, no quiso proferir ninguna palabra inútil, miró con un noble orgullo y desdén á sus enemigos, los juzgó indignos de dirigirles la palabra y no les dió satisfacción alguna, dejando á la posteridad el juicio de sus hechos.

CONFIDENCIAS DEL PADRE SORIA

Todos los historiadores, al narrar los últimos días de Maximiliano, hablan del *Padre Soria*; pero ninguno dice ni su nombre. Voy, pues, á decir quién era el *Padre Soria* y lo que me refirió. El Muy Reverendo Padre Licenciado D. Manuel de Soria y Beña, tenía en 1867 poco más de cincuenta años, pertenecía á la nación otomí, era de baja estatura, moreno, de cuerpo endeble y enfermizo, de genio tímido, de buena capacidad intelectual, humilde y virtuoso, de dulces palabras y modales, abogado recibido por el Tribunal de Querétaro, monje del Oratorio de San Felipe Neri de la misma ciudad, canónigo de la catedral de la misma y Vicario Capitular, ó sea el que gobernaba á toda la diócesis de Querétaro, en la sede vacante por muer-

te de su primer Obispo D. Bernardo Gárate. Desde 1853 en que estuve la primera vez en Querétaro y conocí y traté al Padre Soria en el Oratorio, tuvimos amistad y correspondencia epistolar hasta su muerte. Así es que, el día 12 de Marzo de 1868, en que llegué á Querétaro de paso para Lagos á mi vuelta de Europa, á poco que me bajé de la diligencia, me fuí á visitar al Padre Soria, no le hallé, le dejé mi tarjeta, y á las cinco de la tarde fué á la casa de diligencias y tuvo la bondad de hacerme una visita de algunas horas, en las que hablamos principalmente de mi viaje á Europa y de lo que en el mismo tiempo había acaecido en México, y especialmente de lo que había intervenido en los últimos sucesos de Maximiliano, y me refirió lo siguiente: «El día 15 de Junio en la tarde fué la primera vez que visité á Maximiliano, porque me llamó para que recibiera su confesión sacramental (que no hizo esa tarde, sino al día siguiente) y lo auxiliara en sus últimos momentos. En los días siguientes lo visité á mañana y tarde. Visité también una que otra vez á Escobedo para arreglar algunas cosas. Cuando yo le hablaba á Maximiliano, lo trataba de *Su Majestad*, y cuando lo mentaba delante de Escobedo, le decía *el Archiduque*, porque tenía miedo, ¡já! ¡já! ¡já! En la celda donde estaba Maximiliano no había más que un catre, algunas sillas de tule, dos baules y dos mesas: en una escribía Maximiliano y en otra estaban siempre escribiendo dos personas, y me parecía escribían en alemán. La celda tenía una puerta y una ventana por el claustro, y Maximiliano tenía siempre cubierta la ventana con su capa, porque no tenía vidrios y le molestaba el aire. Lo primero que me dijo Maximiliano el día 15, fué esto: He recibido la noticia de que la Emperatriz ha muerto. Ahora si ya muero tranquilo. El único tormento que yo llevaba al sepulcro era el de dejar á esa mujer, y más el estado en que estaba,» y cuando dijo esto, se le rodaron las lágrimas. Esta fué la única vez que lo vi llorar. Mejía fué el que le dió la noticia de que había muerto Carlota, y era que él y Miramón fraguaron esto para hacerle más soportable la muerte á Maximiliano, porque se afligía acordándose de su esposa.»

«El día 16 en la mañana, lo confesé y le administré el Sagrado Viático. El mismo día 16 en la tarde, me dijo Maximiliano: «Hágame Ud. favor de facilitarme un libro *valiente*.» Como no hablaba bien el castellano, me quería decir «un libro que le diera fuerzas para morir.» Yo le llevé al día siguiente un tomo de los sermones de Massillon (1), y á la otra vez que le visité, dándome un abrazo y refiriéndose al libro, me dijo. «Magnífico, magnífico!»

«El día 17 tratamos de una carta que había de dirigir al Santo Padre, pidiéndole perdón de todas las faltas que había cometido como Emperador católico; él se prestó luego á ello de muy buena voluntad, y me dijo: «Redacte Ud. la carta y yo la firmo.» Yo le dije que era mejor que la redactara él para que expresara espontáneamente sus sentimientos; mas él insistió en que la redactara, y yo cedi. Al día siguiente, en la mañana, le llevé el borrador de la carta, y al llegar á las palabras «su humilde hijo,» me dijo: «y obediente, obediente, escriba Ud.» y levantándose de su asiento, me dió un abrazo, diciendo: «¡Excelente! ¡excelente! Solamente agregue Ud. que le suplico á Su Santidad que se digne decir una misa por mi alma. «Escribí la carta con las adiciones hechas por Maximiliano, el cual la firmó y yo me la eché en el bolsillo para remitirla á Roma.»

(1) Se me olvidó preguntar al Sr. Soria si los sermones estaban escritos en francés ó en castellano.

Yo le dije al Sr. Soria que deseaba tener una copia de dicha carta, y me dijo que me la remitiría por el correo. Me la remitió, en efecto, y es la siguiente: «Prisión en el Monasterio de Capuchinas en Querétaro, á 18 de Junio de 1867. — Beatísimo Padre.—Al partir para el patíbulo á sufrir una muerte no merecida, conmovido vivamente mi corazón y con todo el afecto de hijo de la Santa Iglesia, me dirijo á V. Santidad, dando la más cabal y cumplida satisfacción, por las faltas que pueda haber tenido para con el *Vicario de Jesucristo*, y por todo aquello en que haya sido lastimado su paternal corazón; suplicando alcanzar, como lo espero, de tan buen Padre, el correspondiente perdón.—También ruego humildemente á V. Santidad, no ser olvidado en sus cristianas y fervorosas oraciones, y si fuere posible, aplicar una misa por mi pobrecita alma.—De V. Santidad humilde y obediente hijo que pide su bendición apostólica.—*Maximiliano.*»

La carta, pues, no fué escrita en latín, que es el idioma de la Corte Romana, porque aunque lo conocía el Sr. Soria, no lo conocía Maximiliano; ni fué escrita en alemán, que era el idioma de Maximiliano, porque éste no lo conocía el Sr. Soria, sino en idioma español, que era el que conocían los dos. Todas las historias y muchos periódicos han referido, que Maximiliano en sus últimos días escribió una carta al Papa; pero hasta hoy se publica esta carta al pie de la letra. Luego que Pío IX recibió la carta, hizo una alocución muy sentida á los Cardenales sobre los últimos momentos de Maximiliano, y se celebraron solemnes exequias en la capilla Sixtina, con asistencia del Papa, de los Cardenales, del Cuerpo diplomático y demás grandes de Roma.

El Sr. Soria, prosiguiendo en su narración, me dijo: «En la tarde del mismo día 18 fuí á visitar á Escobedo para arreglar la hora en que le debía decir la misa á Maximiliano al día siguiente. Le dije: «Diré la misa á las siete» y me contestó: «No, no señor, dígala Ud. á las cinco.» Le fuí á comunicar esto á Maximiliano, y me contestó: «¡Ah, ah, quiere decir que la cosa ha de ser temprano! Bien, bien, á los cuatro de la mañana me tiene Ud. listo.» En efecto, fuí á las cuatro de la mañana y ya lo encontré con la cara lavada, muy bien peinado y vestido con aseo. Lo volví á confesar, dije la misa, después de ella le volví á administrar el Sagrado Viático, dimos gracias, se desayunó (1) y platicamos un rato.»

«A las seis de la mañana comenzaron á sonar los tambores y las cornetas en el patio, y por la escalera subía la tropa que iba á conducir á Maximiliano al suplicio. Este se puso muy pálido y cortó la conversación. Esta fué la única vez que lo ví turbado. Salimos luego de la celda, y cuando íbamos en el corredor ya él iba con su color natural y sus modales fogosos. Luego que montamos en el coche comencé yo á temblar, porque me dió una especie de convulsión, y Maximiliano sacó luego del bolsillo un pomito con álcali, y aplicándomelo á las narices me decía: «¡Oh, no, no hay que tener miedo, no hay que tener miedo!» De manera que, en lugar de auxiliarlo yo, él me iba auxiliando á mí, ¡já! ¡já! ¡já! Maximiliano llevaba en la mano derecha un pañuelo y un crucifijo mediano de bronce de mi propiedad, que tengo siempre sobre la mesa de mi estudio, y en la izquierda llevaba un rosario que le había regalado su señora madre. Luego que el coche paró al pie del Cerro de las Campanas, Maximiliano se puso el sombrero, el cual era de color morado oscuro, de felpa y de copa baja, y luego se lo quitó y arrojó en el asiento del coche, diciendo: «¡Ah! esto ya no sirve.» Trató de abrir la portañue-

(1) De seguro que también al Sr. Soria se le sirvió desayuno.

la, y no habiendo podido hacerlo pronto, se salió del coche sin abrirla, lo que me admiró, porque era muy largo, é iba subiendo tan aprisa por el cerro, que no lo podía alcanzar.» Después de haberme referido el Sr. Soria el modo con que se colocaron Maximiliano, Miramón y Méjia, y las arengas que dijeron el primero y el segundo, me dijo: «Estando parado Maximiliano en el lugar donde lo iban á fusilar, me entregó el crucifijo, el pañuelo, el pomito con el álkalí y el rosario. Antes me había encargado que remitiera el rosario á la Archiduquesa Sofía (1). Dió algunos pasos hacia los soldados que lo iban á fusilar, llevando algunas onzas de oro en la mano; el oficial que mandaba la ejecución, le dijo: *Atrás*; Maximiliano le dijo: «¿No se permite darles esto?» el oficial contestó que sí y Maximiliano se acercó á los soldados y dió á cada uno un *maximiliano*, que era una onza de oro de á 20 pesos, con el busto de Maximiliano. Luego que fusilaron á los tres, hubo una gritèria de «¡Muera el Imperio!» y «Viva la República!» sonido de tambores y cornetas y desfile de tropas, y yo me quedé parado y entontecido, hasta que un oficial se acercó á mí, y me dijo; «Padre, la misión de Ud. está concluída, y me parece que no está Ud. en su lugar.» Luego bajé de prisá por el cerro, me metí en el coche, me fuí á mi casa y estuve algunos días en cama enfermo del estómago. Después un alemán me ofrecía 500 pesos por el crucifijo y yo no se lo quise vender, diciéndole que también quería conservarlo como un recuerdo.»

Luego que se fué el Sr. Soria me acosté, porque jamás, ni en mi juventud, he acostumbrado leer ni escribir nada después de las nueve de la noche. Otro día, en Guanajuato, escribí estos apuntamientos, para conservar en la memoria, al pie de la letra, lo que me había dicho el Sr. Soria (2).

(1) Se me olvido preguntar al Padre Soria qué había dispuesto Maximiliano sobre el pañuelo.

(2) *El Correo de Jalisco*, en su número del 12 de Enero de 1897, publicó el artículo siguiente:

“UN TESTIGO DE LOS SUCESOS DEL IMPERIO

REVELACIONES DEL CONFESOR DE MAXIMILIANO

El Sr. D. Teófilo F. Idrac, antes rico, ahora muy pobre, pero siempre hombre de bien, es testigo ocular de muchos sucesos del Imperio y hace tiempo está avecindado en México, donde nació el año de 1838.

Era el encargado de la hacienda de Buenavista, de D. Manuel Legorreta, anexa á la de Montenegro, á leguas de Querétaro, en 1867, á la caída del Imperio.

El mal giro de los negocios hizo ir á Querétaro al Sr. Idrac el año de 1876. Deseaba comprar la finca de Santa Bárbara, que había sido del finado D. Crescencio Mina. Para informes se dirigió al Canónigo Soria, que glosaba la testamentaría. Habló largamente con él, y en la plática vino á colocación la toma de la plaza.

—¿Y es cierto, Padre—preguntó el Sr. Idrac al Canónigo Soria—que era público y notorio había sido el confesor de Maximiliano—que el Coronel Miguel López por traición entregó la plaza?

Y el Canónigo contestó con naturalidad:

—El Coronel Miguel López no hizo más que lo que se le mandó.

El Canónigo Soria murió en Querétaro en la calle de San Agustín, frente á la Aduana, de un contagio de viruelas perniciosas.

Afirma el Sr. Idrac que en el manifiesto del Sr. General D. Mariano Escobedo acerca de la toma de Querétaro, no se lee más que la verdad pura.

(EL UNIVERSAL.)”

Junio, 19. Embalsamamiento del cadáver de Maximiliano en el templo de las Capuchinas por el Dr. Basch, el Dr. Licea, el Dr. Rivadeneira, médico del ejército republicano, y un Doctor austriaco que estaba en México, á quien llamó el Barón de Magnus que llegó á Querétaro el día 18, llevando las substancias necesarias para el embalsamamiento. Después de esto, Escobedo, conforme á la orden de Juárez recibida el día 18, hizo que se colocara el cadáver en dos cajas muy decentes, una de zinc y otra de madera; que se celebraran exequias en el mismo templo conforme al culto católico, y depósitó el cadáver en lugar seguro sin entregarlo á nadie. El cadáver de Miramón y el de Mejia los entregó á las esposas de ellos, también fueron embalsamados, se les hicieron exequias y reposan en el cementerio de San Fernando.

Junio, 19. El Dr. Basch y el Barón de Magnus pidieron á Juárez el cadáver de Maximiliano para conducirlo á Viena, y se lo negó, diciendo: «Pídase en forma.» Solicitó lo mismo poco después el Barón de Lago, y el Presidente contestó lo mismo (1).

Junio, del 1º al 19. Hambre en México. Documento curioso: Zamacois, á la pag. 1,450, dice: «La junta se valió para esto (*socorrer á los pobres*), de las señoras que componían la Junta de Caridad de aquellas parroquias; y como ellas habían estudiado la economía para extender más sus beneficios, se pudo ministrar este socorro á *trescientas ochenta y cuatro* personas, sin más costo que *doscientos sesenta y cuatro duros*.» ¡Santa economía! La riqueza de la clase alta de la capital representa muchísimos millones de pesos, y sin embargo, la junta de señoras no ministró á los hambrientos y desnudos más que 264 pesos.

Junio, 19, en la noche. Se recibió en México la noticia del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejia. Al momento Leonardo Márquez entregó el mando al General Tavera y se ocultó. En la misma noche se ocultaron Ramírez Arellano, Vidaurri, O'Horán y José María Lacunza, y de esta manera establecieron la Regencia y convocaron el Congreso Nacional que Maximiliano había mandado que se estableciese y convocase luego que se supiese su fusilamiento.

Junio, 20. Jueves de Corpus. Capitulación entre Tavera y Porfirio Díaz.

Junio, 20. Carta de Víctor Hugo á Juárez, en que hacía grandes elogios del Presidente de la República Mexicana, y le suplicaba perdonase la vida á Maximiliano.

Junio, 21, á las seis de la mañana. Ocupación de la capital de Mé-

(1) Zamacois, á la página 1,577, dice: “Es verdaderamente sensible que el Príncipe D. Félix de Salm Salm, en sus “Memorias sobre Querétaro y Maximiliano,” haya asentado que el cuerpo del Emperador “lo guardó el Gobierno republicano para una especulación baja.” La verdad histórica exige que se diga que no hubo especulación ninguna en guardar el cadáver del Emperador de parte del Gobierno de D. Benito Juárez ni de ningún individuo del ejército republicano. El Presidente, lejos de especular con el cadáver, dió orden de que el embalsamamiento se hiciera de cuenta del Gobierno, así como las cajas de madera y de zinc y los actos religiosos acostumbrados.”

El Barón de Magnus, el Barón de Lago y los demás Ministros lo eran ante el Imperio; pero ante la República no eran más que unos particulares extranjeros, y Juárez tenía tanta obligación de entregarles el cadáver, como de entregarlo á cualquiera que fuera pasando por la calle. El Presidente quiso que el cadáver fuese pedido *oficialmente* conforme á las reglas del Derecho internacional, para que la República Mexicana fuera respetada ante las naciones extranjeras.

xico por Porfirio Díaz á la cabeza de sus tropas, y fin del Segundo Imperio (1).

FIN DE LOS "ANALES MEXICANOS,"

LA REFORMA Y EL SEGUNDO IMPERIO

(1) El Sr. Vigil, en "México á través de los Siglos," pág. 861, dice: "D. Basilio Pérez Gallardo publicó con el título de "Martirologio de los Defensores de la Independencia de México," una noticia minuciosa de las batallas, acciones y escaramuzas habidas entre el ejército intervencionista y las fuerzas republicanas, desde el mes de Abril de 1863 en que fué ocupada de nuevo la capital de la República por el Gobierno constitucional. En ella se expresa el número de muertos, heridos y prisioneros republicanos é imperialistas, puramente mexicanos, así como el año, mes, día y lugar en que se verificó cada encuentro. Ahora bien, en el resumen general aparecen las siguientes cifras: 1,020 acciones de guerra; republicanos puestos fuera de combate entre muertos, heridos y prisioneros, 73,037; imperialistas, 12,209. Debemos observar que la desproporción entre ambas cifras procede seguramente de que la mayor parte de los datos están tomados de partes oficiales de origen imperialista, en que, como de costumbre, se procuraría disminuir las pérdidas propias y aumentar las del enemigo. Aunque no se las pueda aceptar, por lo mismo, de una manera absoluta, indican suficientemente, como cálculo aproximado, el número espantoso de víctimas que costaron á México la Intervención y el Imperio."

Cerraremos nuestros *Anales* como con broche de oro, con una noticia del célebre Fray Pablo de la Anunciación. Nuestro literato Carlos Díaz Dufoo, en *El Imparcial* del 21 de Enero de 1897, publicó el artículo siguiente: "Juárez, Maximiliano y D. Emilio Castelar. —En una correspondencia de D. Emilio Castelar, *Profesor de Historia Universal*, publicada por un periódico de esta ciudad con fecha 19 del actual, leemos con asombro lo que sigue: "A las barbas de los Estados Unidos un hijo de Luis Felipe bombardeó Veracruz, porque varios muchachos se habían comido, sin pagar, las varias golosinas de un pastelero francés; sin que los Estados Unidos pudieran impedirlo, desembarcó la coalición europea en México, llevando consigo al usurpador Maximiliano, derrotado y despedido con las tropas imperialistas, no por los yankees del Norte, por los españoles de la Nueva España, representados en el inmortal Juárez". El Sr. Díaz Dufoo, añade: "En nuestra vida hemos leído mayor número de disparates en menos líneas."



APENDICE

Hechos posteriores al Segundo Imperio, relativos á él

1867

Junio, 21. Juan José Baz fué nombrado Jefe Político de México (1).

Junio, 21. Orden de Porfirio Díaz, de que todos los que hubieran desempeñado algún empleo público en tiempo del Imperio, se le presentasen dentro de 24 horas, bajo la pena de muerte. Casi todos los que estaban en la capital se presentaron y los puso presos de la manera siguiente: 1.º Puso presos en el ex-convento de Santa Brígida á los Generales, de los que los más notables fueron los siguientes: Ramón Tavera, Santiago Blanco, Miguel Blanco, Vicente Rosas Landa, Ignacio Mora y Villamil, Agustín Zires y José Vicente Miñón. 2.º Puso presos en el ex-convento de Regina á los Coronales y demás oficiales de menos graduación. 3.º Puso presos en el ex-convento de la Enseñanza Antigua, á los que habían sido empleados públicos en el orden legislativo, en el orden administrativo y en el judicial, de los que los más notables fueron los siguientes:

Señor Obispo D. Agustín Carpena.	Teófilo Marín.
Manuel Moreno y Jove, Deán de la Metropolitana de México.	Tomás Murphy.
Agustín Rada, Canónigo de id.	Agustín Fischer.
Joaquín Primo de Rivera, id., id.	Basilio José Arrillaga, provincial de los jesuitas.
José Maria Cayetano Orozco, Prebendado de Guadalajara.	José Mariano Dávila, jesuíta.
	Antonio del Moral.

(1) Zamacois, á la pág. 1,646, dice: "El abogado D. Juan José Baz, hombre de actividad y energía, que fué nombrado Jefe Político, trabajó de una manera que le honra en el buen orden de la ciudad."